

DOS MIL AÑOS DE HISTORIA CIVIL

Siempre me ha atraído la pequeña historia. Esa historia que se esconde tras la aparatosa escenografía de las grandes batallas. Sin duda, el interés por la pequeña historia cotidiana, por los hechos que modifican el aspecto de las ciudades e incluso transforman el paisaje y de cómo se conservan costumbres que son como el gesto reconocible de todo un pueblo, nos viene del siglo de las luces. Podríamos tomar como antecedente *El siglo de Luis XIV*, de Voltaire, porque para él no hubo nada suficientemente pequeño como para no despertar su interés. Ciertamente el entusiasmo por los pequeños acontecimientos ha llevado a muchos de nuestros historiadores contemporáneos a tal pasión por la minucia que los árboles no les han dejado ver el bosque. Como decía, en un comentario al margen, un historiador catalán: Sabiendo lo que ganaba un «paleta» en 1492 no podemos deducir que Colón descubrió las Américas.

Hay hechos angulares que hacen girar sobre sus goznes la vida del mundo, pero descubrir el rastro de la vida de la gente en las piedras viejas y aún vivas produce una muy profunda y rara impresión. Y adentrarse en la historia de una ciudad siguiendo las huellas de sus cicatrices, de su implacable vitalidad, de sus errores, de sus conquistas, es uno de los mayores placeres que puede ofrecer la lectura. Agustí Duran i Sanpere ha construido un libro extraordinario, en el que ha mezclado con un arte singular la lectura sobre la piedra viva de la ciudad, de Barcelona, de su subsuelo, de sus más variados documentos, hasta hacernos revivir su historia como un todo orgánico dotado de pasión, de orgullo, de miedo, de riesgo. En este momento en que la enorme mole de piedra que es Barcelona estalla por todas partes, elevándose con exceso, desparramándose, ahogando su propio núcleo urbano, el libro «Barcelona i la seva historia» (Curial. Documents de cultura) nos ofrece una visión de síntesis, poniendo de relieve las fuerzas



... un momento en que la ciudad sigue creciendo sin orden ni concierto.

contradictorias que han empujado a esta enorme ciudad que ha alcanzado su segundo milenario. El libro, un volumen en cuarto de 798 páginas, lleva como subtítulo «La formació d'una gran ciutat», y anuncia dos volúmenes de próxima aparición: «La societat i l'organització del treball» y «L'art i la cultura».

El historiador ha sabido hacer surgir de la lectura de las piedras actuales, como una riquísima calcomanía, el trazado antiguo, las múltiples superposiciones de la vieja ciudad, desde la tierra pantanosa encarada al mar con el respaldo de la sierra a la ciudad nueva, que se extendía por la tierra yerma que circundaba las murallas hasta alcanzar los burgos alejados de sus muros. Nos recuerda la profunda contradicción, a menudo dramática, de esta ciudad, que fue mercantil, industrial, pero también plaza fuerte. Cuando nos explica la lucha de los barceloneses para romper el cerco de sus propias murallas:

«La ciudad y el ramo de guerra empezaron las disputas, al querer establecer de quién era la propiedad de las murallas, y especialmente la de los patios edificables que las murallas dejarían libres si es que prevaecía el deseo, cada día más estruendo-



... amante de la tradición y dispuesto a mejoras, profundizando en las raíces de la tierra y escampano el ramaje a todos los vientos...

so, de su derribo. Los concejales decían que ellos eran los herederos de los consellers antiguos, y que la ciudad de 1840 era la misma persona jurídica que la ciudad que desde el siglo XIV en adelante había construido las murallas a sus propias expensas. Contestaba el ramo militar diciendo que no había tal sucesión de derechos, ya que en 1714 Bar-

celona fue tomada por la fuerza de las armas, caducando entonces todas las prerrogativas e incluso todas las propiedades, y que de 1714 acá la ciudad no tenía otros derechos que los que le habían sido precisa y explícitamente otorgados con posterioridad.

Por fin, el espíritu castrense cede a las exigencias de los tiempos, y el día 27 de octubre de 1859



... la enorme mole de piedra que es Barcelona, estalla por todas partes...



... las calles estrechas y retorcidas dentro de los límites precisos de las murallas...

se abría en el Ayuntamiento la exposición de los planos del ensanche de Barcelona presentados a concurso. Había trece proyectos, más uno, ya que el proyecto de Ildefonso Cerdá, que no se había presentado al concurso, había sido incluido en la exposición por real orden. La corporación municipal premiaba el proyecto de Rovira y Trias, pero era el de

Ildefonso Cerdá el que se imponía por orden del ministro de Fomento. A pesar de las luchas, discusiones y explícita hostilidad de los barceloneses, el plan Cerdá se extendió por el «hinterland», entre la ciudad vieja y el pueblo de Graciam, cuadrícula tras cuadrícula, al impulso de reales órdenes, reales decretos y disposiciones gubernativas.

A los barceloneses nunca nos ha gustado el Ensanche, ahora ya ahogado entre los monstruosos edificios que se levantan a su izquierda y derecha sin plan discutible, ya que son fruto de la absoluta arbitrariedad. Hemos heredado de nuestros abuelos el rechazo hacia una urbanización que fue impuesta por real orden y que nada tenía que ver con el espíritu de la vieja ciudad, a pesar de que ahora nos explican que su trazado rectilíneo nos salva de quedar sumergidos en la oleada de vehículos.

El historiador nos da el sentido de su vasta obra en el prólogo, cuando nos explica el sentido del desarrollo, que parte de un núcleo central, la relación con los núcleos urbanos que se habían establecido más allá del «hinterland» impuesto por razones militares y, más allá todavía, las relaciones con las poblaciones de Badalona, Sant Cugat del Vallés, Tarrasa, Sabadell, Manresa, Mataró... hasta el punto que los problemas urbanísticos de Barcelona depasan el interés local: «La ciudad de Barcelona, que fue antigua cabeza y mansión de Cataluña, continúa siendo, a pesar del fraccionamiento provincial y por ley inevitable de los hechos, corazón y cerebro de un vasto territorio».

La configuración de Barcelona nos ofrece unas zonas muy claramente diferenciadas: 1.º El núcleo formado por las calles estrechas y retorcidas dentro de los límites precisos de las murallas. 2.º La amplia zona cuadrículada a su alrededor. 3.º La superposición de esta zona cuadrículada sobre los núcleos de los burgos que se formaron a su alrededor. A veces el empuje de la ciudad nueva destruye el rostro de los antiguos arrabales con las casitas a la inglesa que tanto gusta-

ron a los catalanes; otras veces, al cambiar de centro vital, la ciudad abandona sus grandes calles nobles, como es el caso de la calle de Montcada; otras veces, las convulsiones revolucionarias sacan a flote maravillas arquitectónicas que se creían perdidas, como es el caso del salón del Tinell, que apareció al ser incendiada la capilla del convento de Santa Clara en 1936.

El historiador nos explica la adaptación al ambiente, las razones económicas y políticas de la eclosión y la decadencia de cada zona, pero nos dice: «No podemos creer, sin embargo, que la historia de Barcelona sea un puro tejido de hechos providenciales. Al lado de la adaptación del ambiente a determinadas circunstancias históricas hay un sustrato humano de voluntad y sacrificio, temperamento individual y colectivo, amante de la tradición y dispuesto a mejoras, profundizando en las raíces de la tierra y escampanando el ramaje a todos los vientos».

La obra es una compilación de artículos que fueron escritos desde el año 1917 hasta el 1970, el trabajo atento y apasionado de toda una vida, que reúne el documento desconocido, una nueva visión, con una amplia síntesis, todo ello servido con una prosa bella y ágil.

Hemos citado unos capítulos del libro, podríamos citar otros de igual atractivo, por ejemplo: «La ciutat i el mar», en el que se nos explica la lucha de la ciudad para lograr un puerto en las tierras pantanosas, en las que se levantan Montjuich y el monte Táber, entre los ríos Llobregat y Besòs. La ciudad que hizo suya la divisa latina: «La tierra te dará bienes, sólo el mar los convertirá en riqueza».

El libro de Agustí Duran i Sanpere es un libro enormemente atractivo y de apasionante lectura, pero además es de una furiosa actualidad, en un momento en que la ciudad sigue creciendo sin orden ni concierto, al impulso de necesidades, pero también con la contraposición de intereses particulares y del conjunto de la ciudad. ¿Qué marca dejará en el tiempo nuestro caótico presente?

■ MARIA AURELIA CAPMANY.
Fotos: PILAR AYMERICH.